



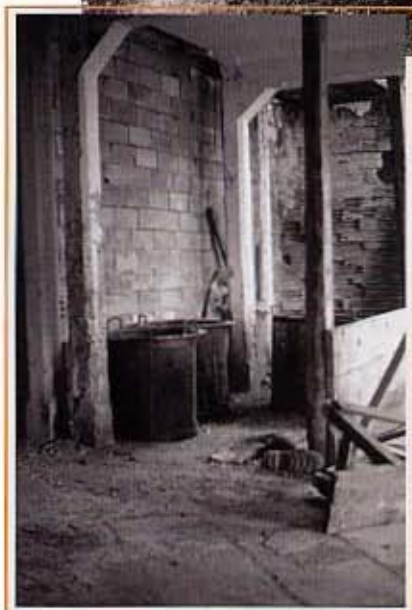
Extraña era la fábrica inactiva.

Un silencio en la planta, una distancia entre máquina y hombre, como un hilo cortado entre planetas, un vacío de las manos del hombre que consumen el tiempo construyendo, y las desnudas estancias sin trabajo y sin sonido.

Cuando el hombre dejó las madrigueras de la turbina, cuando desprendió los brazos de la hoguera y decayeron las entrañas del horno, cuando sacó los ojos de la rueda y la luz vertiginosa se detuvo en su círculo invisible, de todos los poderes poderosos, de los círculos puros de potencia, de la energía sobrecogedora quedó un montón de inútiles aceros y en las salas sin hombre, el aire viudo, el solitario aroma del aceite.

Nada existía sin aquel fragmento golpeado, sin Ramírez, sin el hombre de ropa desgarrada.
[...]

Pablo Neruda



Muchos rincones recuerdan la vida cotidiana en la fábrica. **[De arriba abajo]** una caja de herramientas abandonada en el suelo, unas viejas botas de trabajo casi sepultadas por el polvo y la ley de 1930 sobre seguridad en el trabajo. En otras ocasiones la vista se tropieza con imágenes casi oníricas: **[Abajo]** una mesa de despacho y varios libros dejados en la nave central y un cascote desprendido del techo, entre la boca de acceso superior del calderón y un manómetro.

